

Importancia de la fotografía documental en el rap cubano

Alina Guzmán Tamayo
 Fotógrafa. Productora ejecutiva del grupo *OMNI Zona Franca*. Activista civil
 Productora General de *Acetato Producciones*
 La Habana, Cuba

Para poder hablar sobre la relación entre el rap cubano, la fotografía y yo, tengo que empezar por agradecerle a este género musical el haberme abierto las puertas a una parte de la obra de un grupo importante de exponentes de la alternatividad cubana o de la llamada contra cultura cubana *underground*. El Hip Hop Cubano es *performance*, protesta, rescate de tradiciones y también una puerta al futuro de la cultura musical.

Como el arrullo de palma en la espesura, el rumor del Primer Festival de Rap Cubano sigue vivo. Esa supervivencia en la memoria colectiva y de algunos especialistas, de todo el público que asistió al Anfiteatro de Alamar y de los propios protagonistas del evento (DJ, MC, Cantantes y Raperos) adolece aún de los mismos defectos que permitieron que fuera espoleado y censurado por quienes no deseaban un espacio desde el cual una generación de negros y mestizos gritara, hablara, buscara la integración de una generación sin voz que se convirtió en pocos años en el antecedente, consciente o inconscientemente, de las tribunas antiimperialistas que el Estado organizaría sin el arraigo y la verdad que el rap cubano significó y significa.

No hay archivos del Primer Festival de Rap Cubano. Al menos en forma de archivo documental al cual los interesados en los males y bondades de la cultura musical cubana alternativa más reciente pudieran tener acceso directo y simple. El rap cubano no tiene fonoteca ni videoteca ni fototeca públicas, pero hay muchos archivos informales y sus correspondientes mitos, uno de los cuales, quizás el más extendido, sea que durante años ha corrido de boca en boca: “nadie muestra las fotos que hizo en el Festival de rap, porque esas fotos van a valer millones”.

Nadie sabe bien en qué momento ese mito se extendió con los compases y el *cum, cum, pa* de los primeros y primitivos *backgrounds* con los cuales se cantaba, pero ese mito es mentira y muchas de esas imágenes históricas se han perdido para siempre o están ocultas esperando sus quince minutos de fama.

Puede ser que las fotos del histórico evento valgan millones un día, pero ¿cómo podemos los interesados tener acceso al archivo de Grupo Uno, organizador oficial del Festival? ¿Cómo podemos consultar de manera sencilla las fotos de Diamela Fernández o de Jorge Carlos Acebedo, dos de los fotógrafos que por



Alina Guzmán en plena labor

esa época rondaban las gradas del Anfiteatro? ¿Hay un archivo sonoro? ¿Algo que nos demuestre que hubo Festival de Rap? ¿Algo más que no sean nuestro recuerdo y las buenas intenciones?

De momento ni el desaparecido festival ni el rap cubano tienen página web oficial, lo cual agrava los problemas de acceso a la información histórica. Sabemos que hay miles de fotos y cientos de pequeños videos con cámaras semiprofesionales; hemos rastreado algunos por entre la inconexa información sobre el rap en Cuba, que circula silenciosamente por nuestras computadoras y en la red de redes; hemos ido armando un modesto archivo personal sobre este suceso cultural. Léase bien, un modesto archivo. Nada más. ¿Por qué entonces este ensayo? La razón fundamental son las preguntas que muchos amigos me hacen constantemente.

¿Por qué hago fotografía documental en los eventos del rap cubano? ¿Por qué siento que alguien debe sacrificar su tiempo y su mo-

desta sabiduría, en dejar constancia histórica de los momentos actuales del rap cubano? ¿De dónde me nace esa necesidad?

Siempre que me hacen preguntas de este tipo —apartando las malas intenciones— reflexiono y medito. Pienso en ese festival y en sus archivos inexistentes. Creo que las respuestas serían complejas, pero es tan sencilla como escandalosa aquella que doy con sinceridad a por qué entrego las fotos y no las cobro: “No conozco a ningún fotógrafo de esta ciudad con el interés de salvaguardar el valor documental de los eventos de la cultura alternativa que ocurren en esta parte de la isla. He participado en múltiples eventos estos últimos seis años y siempre he sentido un secreto y malsano interés en hacer de esas fotos un valor de uso y no un bien común a la historia del arte cubano. No es que yo no tenga conciencia del valor comercial de una foto como obra de arte, sino que sé que si yo no lo hago, nadie lo hará, y ese momento de historia colectiva será ignorado, negociado de manera particular u olvidado en

un archivo rar del disco en cualquier computadora esperando su momento, o perdido en cualquier formato. Un momento, un instante, puede significar toda una vida”.

Un ejemplo sencillo. Durante el último y ya mítico Rotilla Festival 2010, en las Playas de Jibacoa, tuve la suerte de estar en la primera línea de fotógrafos y camarógrafos mientras Raudel Escuadrón Patriota compartía el escenario con Maikel El Xtremo.

Ese fue un momento histórico para el rap cubano. La enérgica entrada de Maikel El Xtremo entregándole a Raudel la bandera cubana. El impacto de su *flow* arrasador. Maikel con su carisma y profesionalidad. Conocedor de los espacios sociales. Siempre a la viva, provocando y convocando, con la radiante luz de su voz, al rescate de nuestra libertad personal, de nuestros derechos civiles y más elementales. Dos integrantes de la vanguardia de este movimiento en Cuba. Incansables. De estilos y gestos muy diferentes. Los puños arriba de miles de jóvenes inspirados. Toda una generación de jóvenes... captar ese momento único e irrepetible. Ver lágrimas en las mejillas de Raudel, afrodesendiente con *dreadlocks*, muestra de su cercanía espiritual al reino Rastafari. Muestra de su lucha por una toma de conciencia social. Un sí militante a la libertad de expresión y las libertades esenciales de cada ser humano.

En lo que a mí me corresponde, como amante del movimiento de rap cubano, estoy dispuesta a realizar este sacrificio por un tiempo más, mientras las condiciones técnicas y humanas me lo permitan. Una foto para mi es vida, libertad, historia. Comprendo muy bien

lo difícil que resulta salvaguardar la historia del rap a través de la fotografía en Cuba, cuando estoy al pie de un escenario, en un concierto, un recital, y no puedo utilizar las reglas más elementales de la fotografía por la mala iluminación, la pésima dirección de arte o la ausencia de escenografía acorde y estimulante. A veces uno se desencanta, pero respiro y vuelvo al objetivo, enfoque y obturo tratando de sacar el mejor partido a mis pobres lentes y viejas cámaras. Muchas cosas ocurren en el rap cubano. Muchas cosas evitables. El rap cubano es un espacio adolescente, eso lo comprendemos todos, pero aun así merece espacio y respeto.

En un país donde la carencia de propuestas artísticas socializadoras “positivas” es cada vez más evidente, para nadie será un secreto la importancia de la documentación de los eventos alternativos a la cultura oficial, la mayoría de los cuales son censurados junto con sus artistas por expresar sus ideas y su creciente necesidad de sentirse libres y realizados. Pero todas estas dificultades por ahora no me cansan.

Aun encuentro estímulo en las dificultades; disfruto el momento en que aprieto el obturador y veo, a través de mis ojos, el momento preciso. Me lleno de sentimientos, de melodías. Las rimas de cada raperero hacen que las fotos queden, con una magia especial, muy cercanas al gesto de la vida. Cada puño arriba, cada grito, cada palabra, cada sueño hecho realidad al menos por un momento. Al menos en el momento en que cada uno de nosotros capturamos esos segundos de inmensa libertad.